

# LA RETIRADA

**MICHAEL  
JONES**

**LA PRIMERA  
DERROTA DE HITLER**



CRÍTICA

MICHAEL JONES

# LA RETIRADA

La primera derrota de Hitler

Traducción castellana de  
David León Gómez

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: junio de 2012

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Retreat. Hitler's First Defeat*  
*First published in Great Britain in 2009 by John Murray (Publishers) An Hachette UK Company*

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández  
Ilustración de la cubierta: © Getty Images

Composición: Víctor Igual

© 2009, Michael Jones  
© 2010, de la traducción: David León  
© 2012 de la presente edición para España y América:  
CRÍTICA, S.L., Diagonal 662-664, 08034 Barcelona  
[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)  
[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

ISBN: 978-84-9892-395-7  
Depósito legal: B. 14.075-2012  
2012. Impreso y encuadernado en España por Reimbook

# Índice

---

|   |     |
|---|-----|
| <i>Prefacio</i> .....                         | 9   |
| <i>Cronología</i> .....                       | 15  |
| 1. A la sombra de Napoleón .....              | 19  |
| 2. La Operación Tifón.....                    | 53  |
| 3. A las puertas de Moscú.....                | 105 |
| 4. Cambian las tornas .....                   | 151 |
| 5. Diez días de diciembre.....                | 175 |
| 6. ¡Ni un paso atrás! .....                   | 225 |
| 7. «Eso es lo que hay» .....                  | 247 |
| 8. Al borde del abismo .....                  | 275 |
| 9. Entra en escena el general Model .....     | 301 |
| 10. La primera mariposa de la primavera ..... | 331 |
| 11. La gran ilusión .....                     | 353 |
| <i>Notas</i> .....                            | 363 |
| <i>Bibliografía</i> .....                     | 373 |
| <i>Índice alfabético</i> .....                | 379 |
| <i>Lista de ilustraciones</i> .....           | 391 |
| <i>Índice de mapas</i> .....                  | 395 |

## A la sombra de Napoleón

Alemania invadió la Unión Soviética a primera hora de la mañana del 22 de junio de 1941, enviando hacia el este todo un aluvión de soldados, cañones y carros de combate. Leopold Höglinger, operador de radio de la CXXXVII división de infantería germana, recordaba bien el principio de aquella guerra: «Nuestra ofensiva empezó en torno a las 3.15 con una descarga descomunal de fuego de artillería —escribió en su diario—. Por encima de nuestras cabezas volaban las escuadrillas aéreas. El enemigo no opuso resistencia. Horas más tarde, durante el avance de los soldados de a pie, aparecieron algunos bombarderos rusos que fueron abatidos enseguida. No tardaron en llegar los primeros prisioneros».

Se trataba de uno de los aspectos más mortíferos de la guerra moderna, que se servía del poder destructivo de los cazas y los bombarderos a fin de apoyar las acciones de las tropas invasoras de tierra. En un primer momento, los alemanes lograron imponerse sin dificultad al emplear a la Luftwaffe para destruir al enemigo. En el cielo que se extendía sobre el avance de la Wehrmacht, la fuerza aérea soviética quedó, literalmente, hecha pedazos. En realidad, muchos de sus aviones fueron destruidos aun antes de despegar. El piloto Iván Konoválov recordaba en estos términos la destrucción del aeródromo al que estaba adscrito: «De pronto, oímos un estruendo increíble: teníamos encima a los aviones del enemigo. Alguien gritó: «¡A cubierto!», y yo corrí a esconderme bajo el ala de mi aparato. Todo

quedó envuelto en llamas. El fuego arreciaba de un modo terrible. Al final, sólo quedó intacto un avión».

Los pilotos supervivientes quedaron anonadados por tan repentina incursión. «Los rusos que se las compusieron para ponerse en el aire no hicieron un buen papel —señalaba el jefe de la Luftwaffe, Wolfram von Richthofen—, y pudimos derribar a la mayoría.» Stepán Mikoíán, piloto de la fuerza aérea del Ejército Rojo, lo describe así: «Nuestros superiores no habían ordenado medidas defensivas, y en los aeródromos teníamos los aviones dispuestos uno al lado del otro, perfectamente alineados. Los alemanes nos dieron una buena. En aquellas primeras horas, destruyeron más de ochocientos aparatos en tierra y otros trescientos poco después de despegar. Fue un desastre total: el primer día de la guerra perdimos más de mil aviones».

Fue un principio espectacular. Hitler, inspirado por su impresionante poderío tecnológico, acompañó la invasión de cierto elemento de predestinación, y anunció al lanzar sus fuerzas a luchar contra la Unión Soviética: «El mundo va a contener el aliento». Y es que la otra gran arremetida que habían sufrido las tierras rusas desde Europa, la invasión napoleónica del siglo XIX, había comenzado casi en aquel momento del año. El 23 de junio de 1812, el emperador de Francia había marchado en dirección a Rusia con una hueste colosal. Uno de sus seguidores recordaba así su poder y magnificencia: «Se congregó a los varones más sobresalientes, ataviados con sus uniformes de gala y montados sobre las cabalgaduras más hermosas ... El sol refulgía en el bronce de mil doscientos cañones, dispuestos a destruirlo todo, y en el acero templado de las armas de soldados y oficiales. Nadie albergaba la menor duda acerca del éxito de la empresa». El ejército de Hitler desplegó un optimismo embriagador muy similar. Los primeros días de la guerra constituyeron un período de júbilo para sus soldados. «Ayer dejé para el arrastre un tanque del Ejército Rojo, igual que hace tres días —escribió orgulloso Karl Fuchs el 25 de junio—. Los rusos huyen en todas direcciones, y nosotros los seguimos. ¡Todos creemos en una victoria rápida!»

En 1812, los franceses habían llegado a internarse en zonas de Rusia bien alejadas de la frontera y, tras empeñar una batalla tan sangrienta como poco concluyente en Borodinó, a ocupar Moscú. Na-

napoleón había abrigado la esperanza de que semejante conquista acarrearía un final triunfal a su campaña; pero, a la postre, resultó ser una victoria huera. Los rusos incendiaron la ciudad, y el ejército francés se vio obligado a pernoctar al aire libre entre las ruinas devoradas por el fuego. La escasez de víveres obligó a la hueste napoleónica a retirarse hacia el oeste con un tiempo invernal por demás inclemente. El desenlace de la invasión fue estremecedor, por cuanto la mayor parte de sus hombres perdió la vida por el frío, el hambre o a manos de los cosacos que merodeaban por la región.

Algunos generales alemanes, alentados por el rosario de conquistas que había obtenido la Wehrmacht en los dos primeros años de la segunda guerra mundial, sometiendo así a la mayor parte de Europa al yugo del régimen nazi, comenzaron a considerar a Adolf Hitler —cuando menos en lo político— una figura napoleónica y no dudaron en hacer comparaciones entre ambos adalides. Mientras trataba de avasallar el continente, Napoleón también había tratado de someter a los británicos en primer lugar y, al no lograrlo, había vuelto la mirada al este para centrar su atención en Rusia. El führer parecía estar siguiendo la misma senda. Durante el verano de 1940, concluida con éxito la guerra contra Francia, había visitado, junto con un grupo nutrido de sus generales, la tumba de Napoleón en el palacio parisino de Los Inválidos. Uno de sus comandantes, el general Gotthard Heinrici, conmovido por la ocasión e impresionado ante la audacia de su dirigente, ponderó su campaña gala diciendo: «La decisión del führer ha sido de veras napoleónica: grandiosa y resuelta».

Pese a haber logrado sojuzgar a buena parte de Europa, lo cierto es que el Reino Unido aún mantenía su actitud desafiante. Los planes destinados a destruir la Fuerza Aérea Real (la RAF) y emprender una invasión naval habían quedado en agua de cerrajas. Napoleón había soñado asimismo con conquistar las islas tras acabar con la Armada británica; pero también había visto frustradas sus ambiciones. Aposado en la costa francesa del canal de la Mancha durante el otoño de 1940 a la espera de una invasión que jamás llegó a producirse, Heinrici llevó aún más lejos la equiparación entre ambos dirigentes: «Apenas cabe pensar que las enérgicas aseveraciones que se formulan en *Mein Kampf* acerca de Rusia sean palabras vanas ... Estamos destina-

dos, de manera ineludible, a llevar a cabo empresas más grandiosas aun cuya consecución ni siquiera habíamos proyectado». El general que tal cosa afirmaba estaba embelesado por el papel de árbitro de los asuntos de Europa que había adoptado Alemania, y aun así, subestimaba la intensidad del odio que profesaba Hitler al pueblo eslavo. «Son muchas las cosas que hoy nos llevan a pensar en Napoleón —seguía diciendo—. Él también marchó sobre Moscú, no por voluntad propia, sino obligado por el conflicto con Inglaterra.»

El francés no había emprendido la invasión de Rusia por un simple premio de consolación ante el fracaso de sus empeños en conquistar el Reino Unido. La arrostró, en el momento en que su poder se hallaba en lo más alto, como medio de afianzar su dominación de Europa. De modo similar, Hitler consideraba inevitable declarar la guerra a un estado bolchevique al que temía y detestaba a un tiempo. Sin embargo, por ferviente que pudiera ser la admiración que provocaba en él y en muchos alemanes el vigor de la ambición napoleónica, el ejemplo aleccionador de la campaña en que se embarcó el emperador en 1812 constituía una advertencia terrible.

Napoleón fue el caudillo militar más grande de su tiempo. Había logrado una sucesión de victorias deslumbrantes contra otras potencias europeas, y la médula del ejército de que se sirvió en la invasión de 1812 estaba constituida, precisamente, por veteranos de aquellas campañas triunfales. Su moral, competencia táctica y profesionalidad los hacían punto menos que invencibles, y sin embargo, al retirarse de Moscú, aquella fuerza otrora indomable perdió toda cohesión, poder y disciplina para resolverse en una turba atolondrada acosada por el frío extremo.

Napoleón abandonó Moscú hacia finales de octubre de 1812. La desintegración de su ejército comenzó cuando, tras la primera nevada de noviembre, descendieron las temperaturas a diez grados bajo cero. Sus combatientes carecían de las prendas necesarias para soportar aquel clima invernal. Muchos de los uniformes tenían más de decorativo que de práctico, y los tejidos eran, en todo caso, demasiado ligeros. Los sobretodos no eran muy gruesos, y el material era de escasa calidad. Los soldados morían de frío por la noche, y la hipotermia acabó con miles de monturas. Esto inutilizó no pocas unidades



de caballería y artillería, amén de hacerlas vulnerables a los jinetes cosacos que las perseguían. Cuando comenzaron a agotarse los víveres y se hizo necesario abandonar los pertrechos, dejó de ser posible alimentar de forma cabal a la tropa francesa. Sus integrantes tampoco disponían de refugio aceptable alguno, pues la ruta que seguían en su retirada había quedado asolada por obra de los rusos, quienes habían destruido la mayor parte de las aldeas.

La situación empeoró de manera espectacular después de que Napoleón pasase el río Bereziná, pues las temperaturas de los primeros días del invierno descendieron a treinta grados bajo cero. La hipotermia se generalizó entre los franceses, quienes llegaron a matarse los unos a los otros a fin de robarse los abrigos, así como a despojar de sus botas a los heridos. «La necesidad nos había trocado en estafadores y ladrones —escribió uno de ellos—. Desposeídos del menor ápice de vergüenza, nos robábamos los unos a los otros para obtener cuanto nos hacía falta.» No tardaron en darse episodios de canibalismo. «Nadie que no haya sentido las dentelladas del hambre podrá hacerse cargo de nuestra situación —escribió el sargento Adrien de Bourgogne—. De no haber tenido a mano carne humana, nos habríamos comido al mismísimo Diablo si nos lo hubiesen guisado.»

El 6 de diciembre de 1812 la temperatura descendió a treinta y siete grados bajo cero. «Nos hallábamos cubiertos de hielo —escribió uno—, y el aliento que exhalaban nuestras bocas tenía espesor de humo. Se nos formaban carámbanos en el cabello, las cejas, el mostacho y la barba.» El día que los siguió se presentó más frío aún. Algunos morían en el sitio, y otros quedaban reducidos a un estado de completa apatía. El gran ejército de Napoleón, que había irrumpido en Rusia aquel verano con más de seiscientos mil soldados, había visto menguar su capacidad combativa real a poco más de diez mil hombres renqueantes. «Cometí un error en el modo de conducir esta campaña —reconoció sin rodeos el emperador a Armand de Caulaincourt, quien más tarde elaboraría una exposición de tan terrible empresa bélica—, y fue el de detenerme demasiado en Moscú.»

Cuanto más se detiene uno a considerar tan espantosa secuencia de acontecimientos, más increíble resulta que el coloso militar de Alemania, que tanto se ufana de su meticulosa planificación y su

logística, y que tan versado se hallaba en el conocimiento de la historia, llegase a permitir que se repitiera al emprender una guerra en territorio ruso sin la debida preparación. Si bien es evidente que ni Hitler ni el alto mando del ejército alemán pensaban que la advertencia napoleónica fuese aplicable a ellos, no resulta tan fácil determinar por qué. Se sabían bien capaces de empeñar con éxito una campaña estival, y lo cierto es que no se había tenido en cuenta ninguna otra estrategia en caso de que fracasase la primera. En tanto que, en 1812, Rusia había tenido noticia por adelantado de las intenciones que albergaba Napoleón, la ofensiva que emprendió Hitler en 1941 tomó por sorpresa a la Unión Soviética, que no tuvo tiempo de aprestarse a la lucha. Todo apunta, por lo tanto, a que el führer tenía, de veras, la ocasión de triunfar en donde había fallado el emperador de Francia al destruir el grueso del poder militar de su oponente a escasa distancia de la frontera.

Los alemanes se habían servido de los avances tecnológicos modernos para crear un método de lucha más rápido y devastador que los que hubiese podido concebir ninguno de los combatientes napoleónicos. Lo llamaron *Blitzkrieg*, o «guerra relámpago», y estaba fundado en el armamento más formidable que hubiese visto hasta la fecha el siglo xx: aviones, carros de combate e infantería motorizada que empleaban la ventaja que le ofrecían las comunicaciones por radio para asestar al contrario golpes veloces y bien coordinados. Los alemanes tenían para sí que la velocidad y los adelantos de la modernidad bastaban, siempre, para aplastar al enemigo. Polonia y Francia apenas habían tardado unas semanas en sucumbir tras invadirlas en 1939 y 1940, y en 1941 estaban resueltos a desatar ante Rusia todo el poder del *Blitzkrieg*, sin repetir, claro está, ninguno de los errores de la desastrosa guerra del emperador.

«Aunque seguíamos la misma ruta de invasión que Napoleón —escribió el general de división Hans von Greiffenberg, jefe de estado mayor del grupo de ejércitos Centro—, en 1941 no creíamos que pudiesen aplicarse a nosotros las lecciones de la campaña de 1812. Combatíamos con medios de transporte y de comunicación modernos, y pensábamos que podríamos burlar la inmensidad de Rusia mediante el uso del ferrocarril y el motor, el cable telegráfico y

la radio. Confiábamos en el poder de nuestro aguerrido ejército de tierra, y en su excelente coordinación con la Luftwaffe; pero, sobre todo, teníamos una fe absoluta en la infalibilidad del *Blitzkrieg*. «Éramos rápidos —aseveraba, por su parte, Hans-Erdmann Schönbeck, teniente de carro de combate—, y nuestros vehículos blindados podían recorrer distancias tremendas. Una vez rotas las defensas del enemigo, teníamos orden de pasar por alto cualquier peligro que pudiesen correr nuestros flancos izquierdo o derecho y seguir avanzando, internándonos sin cesar en territorio ruso. Debíamos atacar las instalaciones de retaguardia, las unidades de comunicación y los almacenes de aprovisionamiento. Se trataba de una nueva forma de lucha, de gran movilidad y flexibilidad, y resultaba muy difícil de prever. Infundía un miedo atroz a nuestros oponentes.»

Algunos no lo tenían tan claro: declarar la guerra a la Unión Soviética equivalía a internarse en lo desconocido. El país era extensísimo, y atacarlo estando aún sin derrotar el Reino Unido suponía tener que luchar en dos frentes a un mismo tiempo. Sin embargo, las imponentes victorias obtenidas en los primeros días aplacaron a los más escépticos. Ulrich de Maizière, oficial de la XVIII división acorazada, se había desprendido de todo temor. «Los triunfos iniciales —hubo de reconocer— constituyeron un gran estímulo. Yo, que me había preguntado cómo íbamos a abastecer a nuestros soldados una vez introducidos en las regiones centrales de Rusia, no pude menos de apartar de mí semejante preocupación. Nuestro avance era rápido, y la velocidad a la que nos movíamos hacía que nos sintiésemos inmensamente confiados. Yo estaba convencido de que la campaña habría acabado cuando llegase el otoño.» Philipp von Boeselager, oficial de la LXXXVI división de infantería de la Wehrmacht, añadía: «Marchábamos tan deprisa... De todas nuestras filas se apoderó un optimismo embriagador. Todos creíamos de verdad que la suerte de Rusia iba a quedar sellada antes de seis semanas».

Cuando el convencimiento se convierte en certidumbre, uno pierde de vista que en un primer momento no era más que un modo de entender la realidad que, de hecho, podría resultar ser erróneo. Y cuando se interioriza, la certidumbre excluye toda idea de elaboración de un plan secundario por si las cosas no salen como estaba

previsto. Durante los primeros días de la guerra con la Unión Soviética, cierto soldado alemán observó con euforia:

Vaticino que la bandera de la cruz gamada va a ondear en el Kremlin de Moscú antes de que transcurran cuatro o cinco semanas, y que en ese momento, una vez destruida Rusia, estaremos en condiciones de hacer frente a Inglaterra. No es ningún secreto que tenemos la intención de llegar a Moscú de aquí a un mes con nuestro invencible ejército. Sólo necesitamos emprender otra *Blitzkrieg*. Sólo conocemos un modo de atacar, y es arremetiendo contra ellos, contra ellos y contra ellos, codo a codo con nuestras armas pesadas. Fuego, cordita, hierro, bombas y proyectiles: todo eso va a llover sobre los rusos. No nos ha hecho falta más para ganarnos el título de «soldados más rápidos del mundo».

«Nuestras fuerzas de tierra han sorprendido por entero al enemigo —observó Wolfram von Richthofen—. Los primeros prisioneros aseguran que nadie esperaba la ofensiva, y eso nos está llevando a avanzar a grandes pasos en todas partes.»

Alexandr Andreiévich servía en calidad de oficial de intendencia del VI ejército soviético. «El bombardeo al que sometieron los alemanes a nuestras fuerzas fronterizas fue despiadado —recuerda—. Sus pilotos no podían haber deseado un tiempo mejor para volar. Aquellos días largos y soleados les permitían rociarnos con sus bombas como quien participa en un ejercicio militar. Pasé al lado de los restos de una de nuestras unidades, cerca de un bosque. Había cientos y más cientos de muertos. El ataque alemán había sido tan repentino que la mayoría ni siquiera había tenido tiempo de salir de sus vehículos.» Jamás olvidaría la siguiente imagen: «Vi a uno de nuestros generales de pie ante una bifurcación. Había ido a pasar revista a la tropa, y llevaba puesto su mejor uniforme de gala; pero sus soldados corrían en sentido opuesto. Él contemplaba, desesperado y solo, sin siquiera un ayudante a su lado, el paso apresurado de sus hombres. Tras él había un obelisco que marcaba la ruta que se había seguido en 1812 durante la invasión napoleónica».

Stepán Mikoian, hijo de Anastás, ministro de Comercio de la Unión Soviética y miembro del círculo íntimo de su dirigente, co-

mentaba al respecto: «Stalin no pensaba que los alemanes pudiesen atacarnos durante el verano de 1941, e hizo caso omiso de todo indicio de lo contrario. La derrota que hubo de encajar al principio de la guerra fue, sobre todo, responsabilidad suya». De hecho, cometió un asombroso error de cálculo. Dadas las advertencias recibidas de cierta variedad de fuentes del servicio secreto, debió haber tomado mejores precauciones, toda vez que Hitler había planeado su ofensiva con sobrada antelación. Hacía casi un año que había dado orden al general de división Erich Marcks de abordar la planificación de un ataque a la Unión Soviética, y el primer anteproyecto de este último tenía fecha del 5 de agosto de 1940. «La campaña —declaró en él— tiene por objeto derrotar a las fuerzas soviéticas e impedir así que su nación pueda convertirse en una amenaza para Alemania en un futuro previsible.» Marcks tenía la intención de vencer al Ejército Rojo cerca de la frontera y emprender, a continuación, una acometida rápida en dirección a la capital, un mazazo destinado a derrocar el régimen bolchevique. «Moscú —aseveraba— constituye, en lo económico, lo político y lo espiritual, el corazón de la Unión Soviética. Su captura está llamada a destruir la cohesión del imperio de ésta.»

Llegado el 18 de diciembre de 1940, la investigación preliminar de Marcks había madurado hasta convertirse en un proyecto militar a gran escala al que se asignó el nombre en clave de Operación Barbarroja. En él se preveía que la Unión Soviética claudicaría antes de tres meses en virtud de la siguiente estrategia: «Se destruirá el grueso del Ejército Rojo apostado en la región occidental de Rusia mediante operaciones audaces fundadas en profundas penetraciones protagonizadas por fuerzas de vanguardia blindadas». Se trataba de poner en marcha el *Blitzkrieg*, y luego, una vez arrasadas las fuerzas de tierra de Rusia, las tropas alemanas habrían de avanzar para hacerse con Moscú. «La toma de esta ciudad —recalcaba el alto mando de Hitler— nos brindará una victoria decisiva, tanto desde el punto de vista político como desde el económico.»

Fue esta aseveración inequívoca, la que aseguraba que la Unión Soviética mordería el polvo en el plazo de tres meses, la que dio forma al planteamiento de la Operación Barbarroja. Estaba concebida como una campaña estival, pues se había dado por hecho que, para la

segunda semana de octubre, período en que, de ordinario, comenzaba a cambiar el tiempo en Rusia con la llegada de lluvias torrenciales y las primeras nieves, se habría puesto fin a las operaciones militares. Tan veloz calendario separaba los planes de invasión de 1941 de los que los habían precedido en 1812. La terrible desintegración del ejército napoleónico había comenzado después de que emprendiera la retirada de Moscú, en las postrimerías de octubre, y los alemanes no tenían intención alguna de repetir semejante sino.

En un primer momento, el emperador francés también había albergado esperanzas de destruir a la hueste soviética cerca de la frontera; pero tras la toma de Smolensk, ocurrida a mediados de agosto de 1912, viendo que su presa seguía mostrándose inasible, hizo de Moscú su principal objetivo militar. Las fuerzas de invasión de los alemanes, que contaban con tres grupos de ejércitos conformados por poco menos de tres millones de hombres en total, superaban con creces a los seiscientos mil soldados de la Grande Armée de Napoleón, y en junio de 1941 eran, como sus predecesores, muy conscientes de la importancia crucial que revestía la capital.

Philipp von Boeselager no dudó en hacer hincapié en este particular: «Para nosotros, Moscú era la araña que había tejido la tela: el eje del transporte, el comercio y la política de la Unión Soviética. Comprendimos enseguida que, capturado Moscú, tendríamos a nuestro alcance el dominio de todo el país». Durante las primeras semanas de la guerra, este objetivo no parecía tan distante. Gerhard Dengler, oficial de la XXIII división de infantería, señaló por su parte: «En aquellos días victoriosos del principio, el director musical de nuestra orquesta militar había compuesto ya una marcha especial para nuestra entrada en Moscú, y aun llegó a ensayarse a fin de que se interpretara en el desfile triunfal que esperábamos celebrar en la capital rusa».

En lo más alto de la cadena de mando también se compartían las suposiciones de la oficialidad y la soldadesca alemanas. Sirva de ejemplo la opinión del mariscal de campo Günther von Kluge, comandante del IV ejército, quien afirmó: «Moscú es, a la vez, el corazón y la cabeza del sistema soviético, pues además de ser su capital, constituye un centro armamentístico de consideración. Asimismo, es el nú-

cleo de la red ferroviaria rusa, y en particular de las líneas que llevan a Siberia». A su entender, la acometida principal de la campaña debía seguir la misma ruta que había empleado Napoleón en 1812. «No cabe duda de que los soviéticos van a destinar un buen número de fuerzas con la misión de evitar la toma de su capital —aseguró—. En consecuencia, nuestros ejércitos habrían de avanzar, con todos los medios posibles, por la carretera que desemboca en Moscú tras pasar por Minsk y Smolensk. Debemos poner la mira en conquistar la capital antes de que se instale el invierno.»

Von Kluge creía que semejante captura representaría la culminación de la campaña, y lo cierto es que ésa era también la opinión del jefe supremo del ejército alemán, el mariscal de campo Walther von Brauchitsch, y la de su jefe de estado mayor, el coronel general Franz Halder. El 3 de julio de 1941, no habiendo transcurrido aún dos semanas del comienzo de la ofensiva de Hitler contra la Unión Soviética, este último escribió ante la contemplación del victorioso envolvimiento que habían infligido sus tropas a cierto número de divisiones soviéticas en Minsk: «Pienso no estar exagerando si digo que hemos completado con éxito la campaña contra Rusia en catorce días». Los alemanes estaban convencidos de que el poder militar del enemigo se desmoronaría tras aquellos combates fronterizos iniciales, a raíz de lo cual podría marchar la Wehrmacht sin dificultad para ocupar la capital.

La enfermera Vera Yukina recordaba así las condiciones que se daban en cierto hospital de campaña soviético instalado en los alrededores de Smolensk:

Lo que veíamos hacía que nos salieran canas de la noche al día. Los aviones del enemigo bombardeaban a placer nuestras formaciones militares. A medida que llegaban noticias de la muerte de muchos de nuestros soldados, comenzaron a entrar más y más heridos al hospital. A algunos los trasladaban en vehículos militares; a otros, en carretas, y aun había algunos que aparecían andando a gatas y cubiertos de sangre. Les poníamos vendajes, y los cirujanos les extraían los fragmentos de proyectil y las balas. Como apenas quedaba anestésico, las salas de operaciones se llenaban de gruñidos, alaridos y gritos que pedían socorro. No tardamos en quedarnos sin camas y tuvimos que montar una tienda grande y acomodar sobre el mismísimo suelo a quienes iban llegando.

Tratamos de evacuar a algunos de ellos a hospitales más alejados del centro; pero los alemanes hostigaban con sus bombas a los trenes aunque fuesen marcados con la insignia de la Cruz Roja.

«Lo peor —añadía— era que nuestras tropas seguían retirándose. Podía ser, claro, que nuestros comandantes de operaciones quisiesen atraer a los alemanes hasta Moscú para destruirlos una vez allí, tal como habían hecho con el ejército napoleónico en 1812. Pero Napoleón no tenía a la Luftwaffe...»

Iván Nikitin contaba entonces catorce años de edad y vivía en el centro de Moscú. El día 7 de julio, su padre, empleado de ferrocarriles en la estación de Yaroslavl, llegó a casa con gesto preocupado. «Se sentó en la cocina con mi madre —recuerda su hijo—, y yo puede oír casi toda la conversación a través del resquicio de la puerta entornada. Describió la llegada a la estación de un contingente nutrido de guardias de la NKVD (la policía secreta del régimen), algunos uniformados y otros de paisano, para acordonar un andén entero y subir cierto cargamento secreto a un tren especial que salió a continuación a gran velocidad.»

Un amigo de su padre, que se contaba entre el personal administrativo de la estación moscovita le reveló en confianza que acababan de evacuar el sarcófago de Lenin del mausoleo de la Plaza Roja para subirlo a aquel tren con destino desconocido. Asimismo, le advirtió que la NKVD había dado orden de enviar de inmediato al frente —lo que equivalía, en aquel estadio de la guerra, a una pena de muerte casi segura— a todo ferroviario que pudiese contemplar la escena de forma accidental. Iván Nikitin quedó mudo de asombro. «¿Que Lenin ya no está en la Plaza Roja?», pensó. «Por supuesto —añadiría más tarde—, la radio no dijo nada: habría sido una provocación demasiado descarada la de dar a entender que se había abandonado todo proyecto de defender Moscú.»

Al día siguiente, no dudó en correr a la Plaza Roja para verlo por sí mismo, y en lugar de las habituales colas que se formaban para entrar en el mausoleo, se encontró con que las puertas de éste se hallaban cerradas a cal y canto. Por lo demás, todo parecía estar como siempre. De hecho, bajo el campanario del Kremlin seguía viéndose a



la guardia que abandonaba su puesto de centinela para caminar con andar ceremonioso en dirección al sepulcro; aunque el muchacho no pudo menos de pensar que todo formaba parte de un engaño muy refinado. Incapaz de desterrar de su cabeza la imagen de aquellas puertas cerradas, escribió:

Para el pueblo soviético, Moscú, el Kremlin y la tumba de Lenin representan el corazón de la nación y el manantial de donde fluyen nuestro patriotismo y la moral que mostramos en el combate. Los soldados del frente y los obreros del interior se sienten más tranquilos y seguros sabiendo que el camarada Stalin y su Gobierno siguen en el Kremlin y el cuerpo de Lenin descansa más abajo, en su mausoleo; pero yo, ahora, sé la verdad.

Las tropas alemanas marchaban con rapidez. «Hemos avanzado ya unos cuatrocientos kilómetros en dirección este —escribió el día 12 de julio Alois Scheuer desde el ala septentrional del grupo de ejércitos Centro—, por carreteras polvorientas y atravesando bosques, pantanos y páramos, lugares que han quedado atrás, después de conocer amargas batallas, sembrados de restos de toda clase y de cadáveres innumerables. Con impaciencia, proseguimos nuestro avance.» El cabo Scheuer y sus camaradas de la CXCVII división de infantería no tardaron en darse cuenta de la escasa distancia que los separaba de Moscú.

Uno de los rasgos más inquietantes y, sin embargo, proféticos de la campaña napoleónica de 1812 había sido, precisamente, su crueldad. En efecto, aquella guerra degeneró en salvajes actos homicidas en los que no se brindaba la menor piedad a los prisioneros de guerra de uno y otro lados. Uno de los generales de Napoleón, el conde Luis Felipe de Ségur, describió el modo como morían a millares los soldados rusos apresados y confinados en campos de concentración improvisados en los que no recibían provisión ni cuidado algunos:

A esos desdichados los encerraban como a bestias en recintos para dejarlos morir de hambre. Recibían un trato bárbaro, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? ¿Canjearlos? El enemigo se negó a aceptar tal proposición. ¿Liberarlos? Habrían hecho público el estado de penuria

en que estaba sumido nuestro ejército y, tras unirse a otros, no habrían dudado en regresar para hostigarnos. En aquella guerra mortal, respetar sus vidas habría supuesto sacrificar las nuestras. Éramos crueles por necesidad.

La guerra que comenzó en 1941 lo hizo sin un marco legal que pudiera guiar el proceder de los participantes, puesto que ninguno de los dos lados había tenido a bien reconocer la III convención de Ginebra, celebrada en 1929, ni sus artículos concernientes al trato que cumplía otorgar a los prisioneros de guerra. El odio que profesaban los soviéticos al enemigo invasor no era menor que el desprecio que sentían los alemanes por la ideología bolchevique, fomentado por la propaganda racial nazi, que consideraba a los integrantes del pueblo eslavo *Untermenschen* («infrahombres») y pretendía ampliar, en dirección al este, el *Lebensraum* («espacio vital») de una raza aria superior. Cuando la Wehrmacht invadió Rusia, no había disposición alguna que regulase la manera como debía tratarse a los soldados del Ejército Rojo apresados. Había que identificar a los comisarios (instructores políticos) para ajusticiarlos de manera sumaria, y estaba permitido adoptar contra la población civil rusa medidas de represalia por actos de violencia o sabotaje.

El 25 de junio, uno de los regimientos de la XXIII división de infantería de la Wehrmacht informó de un incidente ocurrido cerca de Bialistok que daba la impresión de confirmar los prejuicios nazis. Los del Ejército Rojo, llevados por la desesperación, habían hecho ondear una bandera blanca en señal de rendición sin por ello dejar de disparar a las tropas alemanas. Seis de los combatientes de la división recibieron disparos en la espalda, y como era de esperar, tan desvergonzada transgresión de una de las reglas más básicas de la guerra fue correspondida con una respuesta brutal: el general de división Heinz Hellmich, al mando de la unidad, dispuso que todas las fuerzas a él subordinadas debían hacer caso omiso de cualquier bandera de paz al día siguiente, de tal modo que el enemigo no recibió cuartel alguno durante veinticuatro horas.

Wilhelm Schröder, operador de radio de la X división blindada de Alemania, escribió en la entrada de su diario correspondiente al

3 de julio: «Hemos entablado un combate durísimo con los rusos, y al acabar, han congregado a todos los prisioneros para ejecutarlos con una ametralladora. No lo hicieron ante nosotros, sino en un claro que se abría a nuestras espaldas; pero todos hemos oído los disparos, y nadie ignoraba qué era lo que estaba pasando. Estoy muy preocupado, porque detesto esta clase de conducta».

Días más tarde, fue testigo de una matanza de heridos soviéticos. «Yo me encontraba en medio de una aglomeración de soldados enemigos heridos. Mis camaradas y yo recibimos orden de cavar una fosa. Lo que siguió fue horripilante a más no poder.» Schröder recordaba un momento particular anterior al fusilamiento: «Un ruso malherido, que aún lograba apoyarse en un codo, me pidió un cigarrillo. Yo se lo di, y también se lo encendí; pero aun ese favor tan insignificante provocó comentarios de desaprobación entre los que se encontraban de pie a mi lado». Quien esto escribía estaba convencido de que bajo estas acciones subyacía la brutal doctrina racial de Hitler.

Durante el verano de 1941, algunos alemanes reconocieron sin lugar a dudas que semejante brutalidad podía volverse contraproducente al relajar la disciplina militar y obligar a los oponentes a luchar con una determinación desesperada ante la imposibilidad de rendición. El teniente Fritz-Dietlof von der Schulenburg, oficial de la XXIII división de infantería alemana, lo expresó así: «Salta a la vista que la disciplina se va a ver amenazada si nuestra gente comienza a quitar de en medio al enemigo por iniciativa propia. Si permitimos algo así, estaremos rebajándonos al nivel de la SS». Con este comentario, Schulenburg establecía una sorprendente diferenciación entre la Wehrmacht y la crueldad deliberada de los soldados de la SS, quienes se consideraban salvaguardias despiadados de la ideología nazi de supremacía racial. «Los rusos —seguía diciendo en tono enérgico— sólo deben abatirse en el campo de batalla o por orden expresa de un oficial; todo lo demás lleva a eliminar cualquier restricción que contenga la conducta de los soldados y hace que se desmanden los instintos más bajos.»

El 28 de junio, el general Joachim Lemelsen, responsable del XLVII cuerpo de ejército, escribió:

Recibo a todas horas noticias de fusilamientos de prisioneros y desertores llevados a cabo de un modo irresponsable, insensato y criminal. No son más que asesinatos. Los rusos no van a tardar en saber del número incontable de cadáveres que siembra las rutas ocupadas por nuestros soldados, sin armas y con las manos alzadas, tras haber sufrido un disparo a bocajarro en la cabeza. El enemigo va a acabar por esconderse en el bosque y en los campos para proseguir la lucha sólo por miedo, y nosotros vamos a perder a muchísimos camaradas.

Aquel mismo día Robert Rupp, oficial de una de las unidades motorizadas que formaban parte del avance, tuvo ocasión de contemplar el lugar en que se había efectuado una ejecución colectiva cerca de Minsk. «Muchos de los soldados del Ejército Rojo que vi allí tumbados —señaló— habían muerto con las manos en alto y sin llevar armas. Algunos ni siquiera tenían cinturón. Vi al menos a un centenar así. Dicen que abatieron hasta a un emisario que llegó agitando una bandera blanca. También fusilaron a los heridos.»

Estos episodios tempranos de crueldad eran más bien esporádicos, aunque no por ello dejaban de resultar preocupantes. Aquel choque despiadado de ideologías comenzaba a engendrar una brutalidad extrema. Hans Meier-Welcker, oficial del estado mayor de la CCLI división de infantería alemana, preocupado por la violencia desplegada, comentó: «No es raro ver a oficiales rusos que prefieren matarse entre ellos a rendirse a nuestras fuerzas». A este soldado decente lo inquietaba que las matanzas germanas se estuvieran volviendo ya contraproducentes, y no le importaba rendir homenaje a su enemigo al admitir: «El ruso descuella entre otros combatientes por ser el oponente más valeroso al que me haya enfrentado en esta guerra.»

El general Gotthard Heinrici coincidía con su opinión. También él quedó impresionado por el terrible espíritu destructor que se estaba haciendo patente en aquel conflicto. «La guerra con Rusia está resultando sangrienta hasta extremos increíbles —escribió a su esposa el 4 de julio—. Las víctimas del enemigo superan cuanto se ha visto en esta contienda hasta ahora. Los oficiales soviéticos dicen a sus soldados que los vamos a ejecutar, y por eso se muestran remisos a rendirse, y disparan a veces a nuestros hombres desde la retaguardia.

Este hecho, claro está, exige una respuesta por nuestra parte, y las medidas adoptadas son severas. En consecuencia, la situación empeora por causa de los dos lados, y eso trae consigo una gran multitud de víctimas.» El fantasma de la campaña de 1812 había comenzado a levantar cabeza. «Creemos —seguía diciendo Heinrici— que Stalin va a cursar la orden de destruir todo lo que pueda sernos de utilidad a medida que se retira su ejército. Pronto se producirán acciones de tierra quemada idénticas a las de los tiempos de Napoleón.» El general estaba empezando a advertir la inmensidad de Rusia, la misma que había engullido a cientos de miles de soldados napoleónicos. «Por otro lado —señalaba—, hay que tener en cuenta la naturaleza impenetrable de aquellas tierras, generosas en bosques, pantanos y mieses crecidas en las que pueden ocultarse los soviéticos. El lugar no es muy agradable, y mañana seguiremos avanzando hacia el este, internándonos cada vez más en el país». Con todo, el general se aferraba a su optimismo: «Aunque todavía no hemos dominado al oponente, se encuentra malherido. Hace días que no vemos aviones rusos, y este hecho constituye una gran ventaja para nosotros».

El día 13 de julio, la CXXXVII división de infantería cruzó el río Berezina a su paso por Boríssov. «Vuelve a hacer calor —escribió el operador de radio Leopold Höglinger—. Los puentes que hemos construido son de primera. Nuestros tanques y nuestra infantería se están congregando en la otra orilla.» En aquel mismo punto, a finales del mes de noviembre de 1812, la hueste de Napoleón había empeñado, durante tres días y a costa de un número de bajas nada desdeñable, un combate desesperado destinado a cubrir la retirada mientras los zapadores construían pontones sobre los que cruzar el hielo. «Cuando el agua es clara, aún pueden verse los pilares de madera que dispusieron los franceses en el lecho del río —afirmaba el general Günther Blumentritt, jefe de estado mayor del IV ejército alemán—. Aquí sufrieron pérdidas espantosas.» Con todo, aquellas penalidades parecían tan lejanas...

Los alemanes siguieron adelante tras la victoria obtenida en Minsk por el grupo de ejércitos Centro, apretando el paso en dirección a Smolensk. La intensidad de la lucha no dejaba de crecer. «Ahora se entablan combates aéreos sobre nuestras cabezas —anotó

Höglinger el 16 de julio—. Oímos las descargas de la artillería, y vemos arder los bosques que se extienden ante nosotros.» Las reservas de soldados y pertrechos con que contaba aquella nación, y la resuelta voluntad de resistencia que desplegaron aquéllos resultaba desconcertante, por más que se manifestara de forma esporádica. Cierta combatiente de la Wehrmacht escribió aquel día:

Cada vez nos acercamos más a Moscú. Por todas partes podemos contemplar las mismas escenas de destrucción, causadas en muchos casos por el propio enemigo. Esta guerra es muy cruel: a los soldados de nuestras filas que caen prisioneros los fusilan de inmediato. Los rusos son así: nada de lo que se escribe acerca de su país es exagerado. Estos últimos días han sido muy duros para nosotros. Hemos estado acosados por los fuegos de la artillería, y al enemigo no le falta puntería. Aunque hemos recorrido una gran distancia en dirección al interior, el oponente nos hostiga tanto desde el flanco derecho como del izquierdo, tratando siempre de cortarnos el paso. En este momento, sin embargo, estoy tendido en la orilla de un gran lago, y puedo disfrutar de unos instantes para tomar aliento y relajarme. El bosque que lo rodea es precioso. Lástima que esté lleno de rusos.

Aunque el primer envolvimiento de unidades rusas en Minsk constituyó una victoria considerable, fueron muchos los combatientes del Ejército Rojo que siguieron resistiendo en una situación a todas luces desesperada. Resulta digno de mención el caso de la guarnición rusa apostada en la ciudadela de Brest-Litovsk que, rodeada desde el primer día de la guerra y privada de toda ayuda, aún resistía al invasor semanas más tarde. Hasta entonces, ninguna campaña germana había durado mucho más de un mes. Así había ocurrido en los casos de Polonia (1939), Francia (1940) y Yugoslavia y Grecia (1941), y sin embargo, las esperanzas de una caída rápida de Rusia no acababan de materializarse.

A principios del mes de julio, Stalin había nombrado al mariscal Semión Timoshenko comandante en jefe del frente occidental, y este adalid capaz y aguerrido estaba haciendo esfuerzos hercúleos por frenar el avance de los alemanes. Recurrió a medidas drásticas a fin de restablecer la disciplina militar, y creó, en la retaguardia de las posi-

ciones soviéticas, zonas en las que reformar y volver a dotar de los pertrechos necesarios a las unidades que se retiraban después de haber quedado sin oficial al mando, para después volver a enviarlas al campo de batalla. Se introdujeron soldados de refresco y armas nuevas, y se crearon fuerzas de ataque a fin de emprender contraofensivas y desconcertar al enemigo. El 14 de julio, en Orsha, se emplearon por vez primera contra las tropas de Alemania las lanzaderas de cohetes Katiusha (diminutivo de Katia —a su vez hipocorístico de Yekaterina— que dio título a una canción rusa muy popular durante la guerra sobre una muchacha que añora a su amado ausente). Después de que Timoshenko anunciara el buen éxito del experimento, se intensificó la producción: la resistencia soviética estaba cobrando fuerza.

A esas alturas, la CXXXVII división de infantería de Leopold Höglinger estaba batiéndose en el envolvimiento de Smolensk. «Los fuegos de nuestra artillería pesada —escribió el 17 de julio— han apagado a los de las baterías enemigas y aniquilado a una de sus columnas de soldados. Los disparos se han sucedido durante todo el día, y hemos tenido que rechazar varios intentos de ruptura de los rusos.» El día 20 de aquel mes añadió: «Pese a estar atrapados, los rusos se han atrincherado a conciencia y se defienden con tenacidad». El 23 de julio vio avanzar, anunciado por la G que conformaba la insignia de los carros de combate del coronel general Heinz Guderian, al II grupo blindado alemán. «Aquí se ha librado un combate muy intenso —señaló—: a uno y otro lado de la carretera pueden verse restos destrozados de aviones y tanques rusos.»

El 26 de julio, de pie en un otero desde el que se contemplaba Smolensk, escribió: «La ciudad, hermosa y vasta, se extiende ante mí; pero en todo el horizonte pueden verse incendios y columnas gigantes de humo». Las fuerzas soviéticas atrapadas al oeste de la ciudad resistían aún con desesperación. «Los fuegos de la artillería se han sucedido sin descanso a lo largo de todo el día —añadía—. Por encima de nuestra cabeza vuelan nuestros aviones, y después, los bombarderos rusos.» El 27 de julio, al fin, concluyó la batalla. «El Ejército Rojo ha acabado por retirarse, y Smolensk es nuestra. El mariscal de campo Von Kluge y el coronel general Guderian han venido a nuestro cuartel general a pronunciar arengas de felicitación.» Aque-

lla noche se repartieron entre la tropa cajas de cerveza tras la dura lucha.

El 28 de julio, Hans Meier-Welcker, oficial de la CCLI división de infantería, examinando los campos que lo rodeaban, describió en estos términos la mezcla de imágenes características del estío rural y las manifestaciones de la destrucción propia de la guerra:

Sobre las tierras verdes y espaciosas, compuestas por prados, trigales, barbechos y granjas, pende un cielo de delicado color azul. Se ven páramos, arena, pistas polvorientas... y puentes quemados y tumbas con cruces y cascos ... Las aldeas están incendiadas, y poco es lo que se ha librado de las llamas. Hay mujeres arrodilladas ante nuestros soldados, llorando histéricas porque nos estamos llevando la última vaca o gallina que les quedaba. Enterramos a los camaradas, a menudo por docenas, y algunos compañeros corren detrás de una bandada de ocas indefensas.

Tres días después, escribió apenado y lleno de frustración:

Ojalá nuestra gente se condujera mejor y mostrase una pizca de decencia humanitaria ... Abrimos a golpes las colmenas de los granjeros para hacernos con su miel, aunque, conservándolas, nos sería posible abastecernos también el año siguiente, y pese a disponer también de reservas antiguas de dicho alimento. Se trata de una muestra evidente de estupidez predatoria, pues, además, al destrozarse sin razón sus hogares, liberamos en torno a nuestra cabeza enjambres enteros de abejas furiosas.

Llegados los últimos días de julio, los alemanes habían concluido la batalla empeñada al oeste de Smolensk, capturando a cientos de miles de soldados enemigos más y consolidando la toma de la ciudad. Quedaron así con un pie puesto en cada uno de los lados de la carretera principal hacia la capital, y dado que ésta se encontraba a poco más de trescientos cincuenta kilómetros, no cabe extrañarse de que se mostraran confiados. Uno de sus oficiales escribió en tono triunfal: «Habréis oído en la radio hablar de la gran batalla de Smolensk; pues bien, fueron mis soberbios soldados los que lograron romper la línea enemiga, los que alzaron la bandera de la victoria. Estamos ya a muy



poca distancia de Moscú, y con la velocidad a la que avanzan nuestras formaciones, podría decirse que esa ciudad rusa está soldada a una cadena de hierro que sostiene el puño de la mayor potencia militar de que haya tenido noticia el mundo».

«Ya hemos dejado atrás Smolensk —aseguraba eufórico Karl Fuchs, artillero de la VII división blindada. Dudaba que la campaña fuese a durar mucho más, y más que considerar la contienda una lucha política contra el bolchevismo, apelaba a la ideología nazi de la supremacía aria para justificar su aserto y tildar a sus oponentes de raza inferior—. La guerra contra esos seres infrahumanos está llegando a su fin ... ¡Les hemos dado una buena! No son más que canalla, la escoria de la tierra, y poco pueden hacer ante un soldado alemán. Ni siquiera sus tanques más monstruosos pueden protegerlos ... Así que avanzamos hacia la batalla final, la que nos dará la victoria definitiva.»

Sin embargo, otros habían comenzado ya a ver desvanecerse la idea de un triunfo rápido. El mariscal de campo Von Kluge, comandante del IV ejército alemán, por ejemplo, expresaba así su preocupación al respecto: «La situación operativa no resulta tan clara en este momento, dado que los rusos están combatiendo con más destreza de lo que habíamos supuesto. Esperemos que esta situación no se sostenga durante todo el camino a Moscú. Las cosas podrían empeorar mucho siuviésemos que luchar en invierno. El enemigo está obteniendo resultados particularmente buenos contra nuestras fuerzas avanzadas, frente a las que está apostando divisiones blindadas nuevas y lanzándolas al campo de batalla con una fuerza que no habíamos previsto».

Ciento veintinueve años antes, Napoleón había abrigado esperanzas de entablar batalla con los ejércitos rusos y destruirlos antes de llegar a Smolensk. Jamás había tenido la intención de internarse con su hueste en el corazón de Rusia. Sin embargo, cuando emprendió el asalto a la ciudad, el 17 de agosto de 1812, la victoria militar concluyente se le mostró esquiva. Los alemanes, al aprovechar los valiosos meses del verano de 1812, se hicieron con Smolensk un mes antes que el emperador francés, y aun así, los soviéticos no estaban acabados todavía, y a la campaña le quedaba mucho por terminar. El gene-

ral Walther Nehring, comandante de la XVIII división blindada, compartía los miedos de Von Kluge: «Cuando más se internan los carros de nuestras fuerzas de vanguardia en las profundidades de este país, mayores son las dificultades que hemos de vencer. En cambio, los ejércitos del enemigo parecen ganar en fuerza y en cohesión. La distancia creciente que media entre nuestras unidades blindadas y la infantería que avanza tras ellas también está resultando ser un gran inconveniente. Cada vez son más los vehículos que perdemos ante un enemigo que sigue superándonos en número».

Todo apuntaba a que, a la postre, aquélla no era precisamente una campaña relámpago. Hacia finales de julio, el conde Claus von Stauffenberg visitó a la formación de carros de combate más selecta de la Wehrmacht, el II grupo blindado, al mando del coronel general Guderian, apostado a la sazón entre Orsha y Smolensk. Guderian había sido el creador de la táctica de movimiento rápido que empleaban los tanques alemanes. Sus *Panzer* habían avanzado de forma notable, aunque a un precio nada desdeñable, y algunos de sus oficiales comenzaban a inquietarse por la pérdida de vehículos y demás material bélico. Las victorias alemanas anteriores se habían fundado en la mayor movilidad de sus fuerzas armadas, y en aquel momento había quien temía seriamente, por vez primera, que la ausencia de esta ventaja condenase a los alemanes a sufrir la misma suerte que el ejército de Napoleón.

Conversando con Stauffenberg, el comandante Georg von Unhold, uno de los oficiales del II grupo blindado, comparó el rápido avance de los carros de combate con las audaces cargas de caballería del extravagante adalid napoleónico Joachim Murat. Por emocionante que pudiese resultar el símil, lo cierto es que incluía una amenaza incipiente. Unhold señaló que, en la campaña francesa de 1812, las tornas habían comenzado a volverse durante la ocupación de Moscú, cuando la hueste de Napoleón había empezado a tener dificultades a la hora de alimentar y alojar a sus monturas. A semejante distancia de la frontera, con el invierno a la vuelta de la esquina y viendo disminuir las provisiones de boca, la pérdida de los caballos constituyó un mal irreparable que arrebató al ejército francés toda su celeridad. Para colmo de males, durante la terrible retirada subsiguiente, las

fuerzas napoleónicas se vieron hostigadas por la temida caballería de los cosacos rusos.

Un mes después de emprendida la campaña, entre los altos mandos alemanes comenzaban a aflorar dudas acerca de si la guerra relámpago era la mejor estrategia para vencer a la Unión Soviética. Unhold había empezado a ver con temor la inmensidad de Rusia, y a persuadirse de que el alto mando germano estaba esperando demasiado de sus carros de combate. «Me preocupa que estén azuzando a nuestro cuerpo blindado hacia la perdición —confió a Stauffenberg— como ocurrió en 1812 con la espléndida caballería de Murat.»

«Las cuatro primeras semanas de combate apenas tuvimos tiempo de pensar —aseveraba el cabo Heinz Otto Fausten, adscrito a la I división blindada—. Sin embargo, a finales de julio mantuve con cierto compañero de unidad una conversación que aún no he olvidado. Nos preguntábamos: “¿De verdad vamos a despachar a los rusos a la vuelta de unas cuantas semanas?”. A pesar de la fuerza con que los habíamos acometido al principio de nuestra ofensiva, seguían en la brecha, y nosotros habíamos tenido ocasión de sobra de ver lo duros que eran algunos de sus soldaos, y lo dispuestos que estaban a sacrificarse para frenar nuestro avance. Comenzamos a darnos cuenta de que la victoria no iba a ser tan sencilla.»

Erich Mende, teniente de la VIII división de infantería, también experimentaba cierta desazón: «Los enfrentamientos que se han dado en los alrededores de Smolensk han sido muy duros. Nuestras divisiones blindadas irrumpieron en la ciudad y aislaron a los soldados del Ejército Rojo que quedaron tras ellas, defendiendo aún el acceso desde el oeste. Nuestros aviones lanzaron provisiones a las unidades acorazadas que se encontraban allí. Así y todo, los combates han sido muy amargos, ya que los soviéticos han destinado a este campo de batalla a las unidades selectas de Moscú». La habilidad del oponente para enviar refuerzos sin límite le resultaba desconcertante. «Nos hemos detenido después de envolver al enemigo —seguida diciendo—. Los soldados se están inquietando. “¿Por qué no seguimos marchando hacia Moscú?”, se preguntan. La capital se encuentra a unos trescientos kilómetros, y todos tienen la esperanza de que a finales de agosto o principios de septiembre nos encontremos ya en ella des-

pués de haber agotado buena parte de las fuerzas del Ejército Rojo.» Temiendo que el avance estuviera perdiendo empuje, Mende quería que las tropas alemanas progresaran directamente hacia Moscú, tal como había hecho Napoleón.

En los albores del mes de agosto, los combatientes alemanes habían ido más allá de Smolensk, y sin embargo, no lograban dar un paso más. La batería a la que se hallaba adscrito Franz Frisch había llegado ya a Yelnia. «Nunca habíamos conocido una batalla tan dura —recordaba—. Nuestras unidades blindadas, que conservaban su optimismo, se dedicaron a erigir señales con las que marcar la distancia que nos separaba de Moscú, aunque nosotros las observábamos con cierta sorna. Los rusos nos lo estaban haciendo pasar mal de verdad.» Frisch no pasó por alto la tendencia de la jerarquía militar a restar importancia a las dificultades de los soldados:

Cuando íbamos a las posiciones avanzadas y descubríamos que la situación no era precisamente favorable, lo decíamos sin reparos. No nos andábamos con rodeos: solíamos empezar los informes con un sencillo: *Scheiße* [«mierda»], lo que quería decir que las cosas iban mal de veras. Sin embargo, nuestro comandante no se atrevía a emplear semejante lenguaje con sus superiores, y prefería limitarse a decir que la cosa estaba «seria». Al subir un grado más, se trataba ya de un «problema» que se encontraba «bajo control», y al siguiente, se había convertido en un «replanteamiento del frente». Cuando llegaba al alto mando, expresiones como «repliegue estratégico» o «corrección de la línea de combate» se presentaban como algo semejante a una victoria.

La unidad de Leopold Höglinger participó en una feroz batalla cerca de la aldea de Kossaki. El 6 de agosto, las secciones avanzadas se vieron sorprendidas por un contraataque del Ejército Rojo. «Los rusos aparecieron en número considerable —escribió—, y después de una lucha salvaje cuerpo a cuerpo, tuvimos que retroceder dejando atrás tanques y otros vehículos.» El enemigo se resistía con uñas y dientes. «Oímos disparos delante de nosotros, y también detrás —seguía diciendo Höglinger—. Vemos alzarse columnas de humo. Los rusos se han presentado con artillería y carros de combate, y la mitad del pueblo está en llamas. ¿Qué está pasando?», se preguntaba. Poco

después, alcanzó la cabeza de puente que había establecido el coronel general Guderian en Róslavl. «Guderian está dispuesto a avanzar hasta Moscú —anotó—, aunque al pasar al lado de sus vehículos pudimos comprobar que una cuarta parte de ellos estaba conformada por tanques capturados a los rusos.» Aquellos tenaces combates estaban causando no pocas pérdidas.

El grupo de ejércitos Centro necesitaba reagruparse. Entretanto, el coronel general Maximilian von Weichs, comandante del II ejército alemán, expresó sus preocupaciones acerca de la suerte que habían corrido los prisioneros de guerra soviéticos capturados tras la batalla de Smolensk. Aun cuando la violencia que desplegaban para con los apresados los combatientes de primera línea era menor, habían llegado a sus oídos informes desconcertadores relativos al maltrato que se les dispensaba mientras los trasladaban a los campos de concentración instalados en la retaguardia de las posiciones germanas. «Cada vez me inquieta más este asunto —escribió al mariscal de campo Fedor von Bock, al mando del grupo de ejércitos—. Deberíamos garantizar a los prisioneros que damos un alojamiento adecuado y el alimento que necesiten.» Y añadía: «Habría que investigar por extenso los excesos perpetrados por los guardias y destacamentos de seguridad, y castigar a quienes sean considerados culpables ante un consejo de guerra. Los prisioneros rusos tendrían que recibir un trato estricto pero justo de las fuerzas armadas alemanas».

En los albores de la guerra, el fñhrer se había contentado con lanzar amenazas de destrucción contra la capital rusa. Así, el 29 de junio, mirando un mapa en el que se representaba el progreso de sus tropas, había proferido la siguiente bravata: «De aquí a unas cuantas semanas, estaremos en Moscú. Entonces, pienso arrasarla y construir un embalse en su lugar. Vamos a borrar el nombre de Moscú». El 8 de julio, el coronel general Halder, jefe de estado mayor del ejército alemán, anotó en su diario que Hitler tenía la intención de asolar la capital soviética bombardeándola. En efecto, ordenó llevar a cabo una incursión a gran escala a la Luftwaffe, y ésta intervino, de hecho, el 21 de julio. «Aquello fue un mar de fuego —recordaba Iván Sokolov, quien formaba parte de la defensa antiaérea de la ciudad—. Lan-

zaron bombas de luz, incendiarias y unas que hacían un ruido terrible al caer. Estaban destinadas a sembrar el pavor.»

Pese a todo, ante la resolución cada vez mayor de la resistencia soviética, el propio dirigente de Alemania había empezado a albergar dudas. Y así, el mismo día de tan feroz ataque aéreo comenzó a restar importancia a Moscú para centrar la atención en la destrucción de Leningrado, símbolo vital, a su ver, del régimen bolchevique, aun cuando tal acción dejaría el avance a la capital sin más fuerzas que las de infantería. «Al fñhrer no le preocupa este hecho —se declaró entonces—, ya que, para él, Moscú no es más que un objetivo geográfico.» La aseveración resulta extraordinaria, pues lo cierto es que Hitler no había perdido de vista, en absoluto, la relevancia política y económica de la capital. El 4 de agosto visitó el cuartel general del grupo de ejércitos Centro, que había comenzado a apostar de nuevo sus fuerzas tras la batalla de Smolensk. El mariscal de campo Von Bock, oficial al mando, esperaba recibir el permiso para atacar Moscú; pero no llegó a obtenerlo. En lugar de dárselo, el fñhrer se mostró dubitativo, sin saber bien qué derrotero tomar. Su ayudante, el comandante Gerhard von Engel, no pudo sino maravillarse ante su actitud. «Salta a la vista —escribió— que Hitler está indeciso respecto del modo como debe proseguir la operación. Las ideas y los objetivos cambian tanto que uno sale de las reuniones tan desconcertado como entró. La breve suspensión de los ataques que, según lo previsto, antecedería al rápido avance que llevaría a los combatientes a las puertas de la capital rusa no llegó a materializarse.

Los alemanes se hallaban ya al este de Smolensk, y el Ejército Rojo no dejaba de enviar soldados a su encuentro. El 9 de agosto cambió el tiempo de forma transitoria. «Las carreteras —escribió Meier-Welcker mientras caía con ruido sordo la lluvia sobre la tienda de la CCLI división de infantería en la que se encontraba, trocando de repente en un lodazal el terreno sobre el que estaban apostados los alemanes— se han vuelto barro de golpe, y así es imposible recibir provisiones y avanzar con los vehículos.» Las precipitaciones cesaron, y el suelo no tardó en secarse otra vez. Sin embargo, tan espectacular mudanza en las condiciones atmosféricas resultaba desconcertante. Tal como añadió Meier-Welcker: «El este ha empezado a mostrarnos su verdadero rostro».